

Por postres queso manchego,
Con unas aceitunillas,
Negras, en salsa encarnada
De pimenton, exquisitas.
El banquete fenecido,
Todos en gozosa trisca
Corren al jardín, y juegan
Al columpio y la sortija.
Dan vueltas mil, y se rien
Y cantan, y en las orillas
Del humilde Manzanáres
Resuena la voz festiva.
Escóndese el sol, y montan
Con ufana gallardía
En los calientes simones,
Y las secas ruedas chillan.
Con lentitud á la corte
Llegaron. ¡Hermoso día
De campo en el Manzanáres!
Ya pasó; Dios le bendiga.

XVII.—9.
LA EXTREMAUNCION.

Uno de los referidos
Tertulios, aquella noche,
En el lecho descansando
Sintió vehementes dolores.
No era cólico; su esposa
El mal de antiguo conoce,
Que yo describir no quiero,
Porque tengo mis razones.
Por órden de la señora
Llaman al médico; el noble
Paciente se lamentaba
Con desapacibles voces.
Deja abierta por descuido
La puerta el sirviente; entónces
Llega con la extremauncion
Un anciano sacerdote;
Y en vez de subir al cuarto
Del piso segundo, en donde
De accidente repentino
Se estaba muriendo un hombre,
Entra aquí, oyendo el quejido
Del enfermo, y se dispone
A darle en los pies y manos
Las venerandas unciones.
El, si bien era cristiano,
No se hallaba tan conforme,
Ni con vocacion sincera
De recibir tales dones;
Y dice: ¡Qué vais á hacer?
Yo me llamo Simon Torres,
No estoy en riesgo de muerte,
Sino duro como un bronce.
»Lo que sufro es.... de almorranas
(Con perdon, este es su nombre);
Se me ha encendido la sangre
Por beber tantos licores.
—¡Jesus! ¡Jesus! clama el cura,
¡Qué delirio tiene el pobre!
—No delira, está en su juicio,
La mujer replica. — ¡Lo oyes!»
Dice el preste al sacristan,
«Me has comprometido, torpe;
Siento este error en el alma,
Señora; ustedes perdonen.»
Fuése rezando, y Simon
Dijo á su mujer: ¡Qué noche!
Aquel farol moribundo
Me daba mil trasudores.
«Juro no volver al campo,
Ni beber copas ni ponche,
Que es muy terrible la muerte,
Y nosotros pecadores» (1).

(1) Este es un suceso verdadero acaecido en Madrid, y aún viven (1838) algunos de los sujetos que lo presenciaron.

XVIII.
EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Si yo fuera de esos vates
Que gustan de adulaciones,
Te dijera mil piropos,
Te echaria lindas flores.
Diria que eran tus ojos
Dos resplandecientes soles,
Tus mejillas frescas rosas
De los más bellos colores,
Tus dientes perlas (se entiende
Que con ellas no se come),
Coral tus labios, tu talle
Cual airosa palma, en donde
Los céfiro travesean,
Y se mecen los amores.
A mí, niña, no me gustan
Las tales comparaciones;
Si el mentir es de poetas,
No quiero llevar tal nombre;
Que á mi la verdad me gusta
Sin afeites ni arboles.
Con ella, pues, por delante
Te diré en breves razones
Que eres muy linda y graciosa,
Sencilla y de bello porte,
Muy amante de tus padres,
Que tiernos te corresponden.
Que nunca gastas melindres,
Ni entretienes con ficciones,
Ni das citas, ni haces guñios,
Ni padeces convulsiones.
Esta enfermedad de moda
En este siglo que corre
Es muy general, amiga,
Dios te libre si te coge.
La infeliz que la padece
Amarga pasa la noche;
¡Ay, cómo el lecho retiembla!
¡Qué gemidos, qué aflicciones!
Pero no creas por eso
Que se lastiman los hombres;
Son fieras, se les antoja
Que esas son meras ficciones.
¡Qué bárbaros! No les mueven
Esos ayes tan atroces,
Y á carcajadas se rien.
De nervios y contorsiones.
Dicen que allá en las novelas,
O en los trágicos actores
Que retratan de la vida
Las desgracias y pasiones,
Sientan bien esos soponcios
Y gestos y retemblores.
Dichosa tú que no sientes
Tan amargas ilusiones,
Ni gimes como hace el buho
En la solitaria torre;
Sino que gozosa vives
Y la inocencia te acoge,
Y cuando al sueño te entregas
Te cercan gratas visiones.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LA VARIEDAD.

Per troppo variar natura è bella.
El aforismo italiano
Es verdadero, á fe mia,
Y cuanto más se varia,
Más gozo siente el mundano.
España ofrece un modelo
De variedad: ¡cuántas gentes

De costumbres diferentes
Ha visto en su fértil suelo!
Varios fueron sus señores,
Cartagineses, romanos,
Vándalos, suevos, alanos,
Godos y moros traidores.
Tuvo á la vez reyes mil,
Cristianos y sarracenos,
Malos, medianos y buenos,
Desde el Deva hasta el Genil.

Hubo reyes de Leon,
De Navarra, de Castilla,
De Galicia, de Sevilla,
De Córdoba, de Aragon.
De Murcia, de los Algarbes,
De Valencia, de Almería;
Y toda esta algarabía
Fué debida á los alarbes.
Hubo en Vizcaya señor
De casa solar y rica,
Y so el árbol de Guernica
Fué el pueblo legislador.

Hubo Condes extranjeros
En la insigne Barcelona,
Raza feudal, valentona,
Terrible en sus desafneros.

España, que la coyunda
Recibió de tantos reyes,
En sus códigos de leyes
Ha sido la más fecunda.
Fuero-Juzgo, Fuero Real,
Fuero viejo de Castilla;
Cada ciudad, cada villa
Tuvo código foral.

Leyes de Estilo, Partidas,
El antiguo Ordenamiento
De Alcalá.... ¡qué entendimiento
Abarca tantas medidas!

Y luego, por conclusion,
El farrago amontonando,
Vino, leyes disparando,
La gran Recopilacion.

Creció la mole estúpida
Con los autos acordados,
Y los pobres abogados
Sudaban con tal molienda.

Luego pragmáticas Reales,
Y decretos sin guarismo;
¡Válgate Dios qué embolismo
Para los pobres curiales!

Pues de trajes en materia
¿Dónde hubo tal variedad?
¡Oh qué grata amenidad
Si se pudiesen en feria!

Impúdicos zaragüelles
Viste el sutil valenciano,
Que en el fogoso verano
Le sirven de adorno y fuelles.

Gorro lleva el catalan,
Largo, toscó, rubicundo;
Y aunque el sol abraza al mundo,
Con gorro sigue en su afán.

Media azul y gran sombrero
Usa el terco aragones,
Y el pecho al aire le ves
Aunque reine el crudo Enero.

¡Braga morisca y chapeol....
Por cierto lindo retrato;
Está chulo el maragato
Con este traje en paseo.

Con colete castellano,
Del tiempo de Carlos Quinto,
Puesta la vara en el cinto,
Bien campea el segoviano.

A par de él un andaluz
Con chupita de alamares
Viene, quitando pesares,
De la tierra de Jerez.

Cada provincia de España
Es un reino diferente
En usos, costumbres, gente,
Que entre sí parece extraña.

De un andaluz á un gallego,
De un murciano á un alaves,
Mayor diferencia ves
Que de un gascon á un noruego.
Mas de tanta variedad
¡Al fin qué fruto sacamos,
Si á este gran todo no damos
La conveniente unidad?

II.

LA CREACION.

MEDITACION POÉTICA (1).

Di, Nímen celestial, el verdadero
Origen de la tierra; quién dió vida
A tantos orbes, y al mortal primero
En delicioso Eden dicha cumplida.
De la santa verdad por el sendero
Dirige á la razon, que pervertida
La voz siguiendo de engañosa ciencia,
Desconoce de Dios la omnipotencia.

Cuando plugo á la mente creadora,
Cesó la nada, y comenzó del mundo
La materia á existir; no en hervidora
Revuelta confusion de caos profundo,
Sino ordenada ya, con previsora
Ciencia y designio, y con poder fecundo;
¡Máquina prodigiosa do se muestra
De Omnipotente artifice la diestra!

Empero este gran todo inerte yace
De tinieblas cercado, hasta que siente
De vida el soplo que flexible le hace,
Dilatando su seno blandamente.
Brilla la luz que al Hacedor complace,
Luz de risueña paz, de alba naciente;
Que aún no existe del sol la grande hoguera,
Ni recibe su ardor cóncava esfera.

Del piélagó insondable que cubria
A la abismada tierra, vase alzando
Denso vapor, y como nube umbria
Sobre sedienta mies, se ve flotando.
Aéreo, inmenso mar, que de alegría
Cubrirá el suelo, y de rocío blando;
Venero rico de vital sustento,
Que en diáfana region tiene su asiento.

A las restantes aguas inferiores
Vuestro sitio ocupad, dijo el Eterno;
Y ellas, como los vientos bramadores
Huyen al espirar rígido invierno,
Corren con veloz impetu; temblores
Cual de hirviente volcan en hondo averno
Sufre la tierra; ¡oh Dios! ¡será llegaña
Su destruccion, y volverá á la nada!

Al contacto del agua ardiendo en torno
Sus varios combustibles elementos,
Aquel inmensurable hervidor horno
Hace temblar sus sólidos cimientos.
Estallan truenos mil, todo es trastorno;
Álzanse las montañas, monumentos
De eterna duracion, sima profunda
Abrese al mar, que rápido la inunda.

Descubierto ya el suelo, y el sonante
Mar en su inmenso cauce aprisionado,
Muéstranse de las selvas la gigante
Froncosa tribu, y el verdor del prado.
Mas no se oye en aquellas el tronante
Rugido del leon, ni el acordado
Canto del ruiseñor; silencio triste
Reina do quier, ningun viviente existe,
Súbite el Hacedor, rico tesoro

(1) El inglés mister Uré, catedrático de física é individuo de las Sociedades geológica y astronómica de Londres, publicó en 1829 una obra titulada *A new System of Geology*, cuyo principal objeto es hacer ver la conformidad de la narracion de Moisés acerca de la Creacion y del Diluvio, con los actuales conocimientos físicos y datos geológicos. El asunto está desempeñado con maestría, los argumentos son fuertes, y la obra toda abunda en observaciones ingeniosas. A este sistema está arreglada la presente composicion.

De galas y placer da á la natura;
Purpúreo manto recamado de oro
Cubre del grande sol la mole oscura.
Al brillar él, innumerable coro
De astros acata á Dios con su luz pura;
Y á alegrar en la noche al mudo suelo
Tiende la luna su argentado velo.

¡Seres, apareced! pues de la vida
La puerta os abre el Todopoderoso
En este suelo vírgen, que os convida
Con sustento vital y ornato hermoso.
Ya por primera vez la águila erguida
Sus alas tiende, al Ararat riscoso
Vuela con majestad, desde allí otca,
Y absorta mira al sol y se recrea.

Pueblan el aire en tanto dulces trinos
De alada muchedumbre, que se ufana
Con sus ricos plumajes peregrinos,
Y canta á Dios en la jovial mañana.
A la par en los senos cristalinos
Gira nadando multitud galana
De vistosos pescados, presidiendo
La acuátil turba el Leviatan tremendo.

En el suelo despues, árido y duro,
Tomando formas mil reina la vida;
Con el feo reptil de aliento impuro
Se ve la blanca oveja confundida;
Ruge el fiero leon en bosque oscuro,
Y la airosa girafa envanece
Cual palmera gentil alza su cuello,
Su piel ostenta y su contorno bello.

¡Gloria al Señor! Los montes escarpados,
Los valles solitarios y sombríos,
Las florestas y bosques dilatados,
Las voladoras aves, los bravíos
Huéspedes de las selvas, los ganados,
El turbulento mar, los claros rios,
Que sus ondas benéficas derraman,
Hacedor de los mundos le proclaman.

Hacedor de los mundos repitiendo
Los astros van en raudó torbellino,
Llena el inmenso espacio aquel estruendo,
Que tributa homenaje al Sér divino.
El eco en leves ondas va subiendo
Al empuje invisible, do en continuo
Rapto los querubines se enajenan,
Y las arpas angélicas resuenan.

Ann falta la más grande, la postrera
Obra de Dios.... el hombre.... Héle formado
Del barro humilde, cual si estatua fuera
De bello serafin inanimado;
Peró su faz respira placentera
Al soplo del Criador que le ha alentado;
Y la divina imágen en la mente
Se estampa de este sér inteligente.

Álzase absorto, y clava allá en el cielo
Sus expresivos ojos, y la lumbré
Ve del radiante empuje, y en el suelo
Postrado adora á Dios, en dulcedumbre
De arrobo celestial alzar el vuelo
Quisiera, y con humilde servidumbre
Ante el trono alentar de Jehová santo,
Su nombre repitiendo en dulce canto.

Despues de tributar culto debido
Al supremo Hacedor, en torno mira
Una vez y otra Adán, y sorprendido
Ve que en el centro de un verjel respira;
Prodigio encantador, no parecido
Al labrado jardín que el hombre admira
En regio alcázar, con marmoreas fuentes,
Y estatuas de metal resplandecientes.

Aquel es un celeste paraíso
Do mana el néctar, donde el aura pura
Cargada va de aromas, donde quiso
Dios derramar el gozo y la ventura;
Flores muy más preciadas que el narciso,
La rosa y el jazmin, honda espesura
De fructíferas plantas, que el sol dora,
Suelo que inmensos bienes atesora.

En medio á esta floresta, más lozano
Que los árboles todos, se levanta
El que produce fruto sobrehumano,

Preservador de muerte (1), única planta
Que el mundo vió, cuando en el pecho humano
Reinaba la inocencia y la paz santa,
Y Adán gustaba, sin amargo luto,
La celeste ambrosía de aquel fruto.

Al par frondoso el árbol de la ciencia
Vedado al primer hombre, falso brinda
Con manjar de bellísima apariencia,
Y muerte es su sabor; siempre así linda
En medio á nuestra frágil existencia
Con los males el bien. ¡Ay del que rinda
Culto al orgullo impío, y ciego intente
Con el cielo medir su altiva frente!

Corre hácia el bello Eden sonoro rio,
Que de lejanos montes se despeña;
Cual mar se tiende, y con pujante brío
Por inmenso canal que Dios le enseña
Gira espumoso; en líquido rocío
Baña el jardín y obstáculos desdén,
Y á dar vida á otro suelo enardecido
Corre en cuatro raudales dividido (2).

Vaga por sus orillas, hermanada
Con el lobo rapaz, la mansa oveja;
Aun no se ve la tierra ensangrentada,
Libre el halcón á la paloma deja;
Ni del fiero león amedrentada
La cierva velocísima se aleja.
Natura liberal les da sustento,
Y nada turba el mundanal contento.

Todo lo observa Adán con embeleso,
Todo el orbe es placer y pompa y gala;
Juega en la flor el céfiro travieso,
Y perfumes balsámicos exhala.
Nunca la tierna madre infantil beso
Con tal ánsia gozó, cual se regala
Con el murmullo Adán y ecos suaves
Del agua cristalina y de las aves.

Al blando arrullo de tan gratos sonos
Ríndese al sueño por la vez primera;
Y el Sér dispensador de tantos dones,
Raudo descende de la azul esfera
Para formar dos puros corazones,
Uniendo á Adán con digna compañera;
¡Estrecha union que el cielo santifica,
Y los goces humanos multiplica!

Del costado de Adán, cual fuente pura
De oculto manantial, á la luz sale,
Dechado de candor y de hermosura,
Eva gentil, que en todo sobresale.
Su aliento es aura dulce que murmura,
No hay fresca rosa que á su tez iguale,
Sus ojos cual luceros centellean,
Y sus cabellos de oro al aire ondean.

Cuando despierta el sorprendido esposo,
Y ve aquella beldad tan peregrina,
Siente latir su corazón gozoso,
Y exclama en tierna voz: ¡Obra divina!
Que á alegrar vienes el vergel hermoso,
Dios para esposa mía te destina,
Y me lo inspira así; de mí eres parte,
No habrá dicha mayor que siempre amarte.
Ella pagar promete su ternura

(1) El árbol de la vida.

(2) En el capítulo II del Génesis se dice que estos cuatro brazos en que se dividió el río del Paraíso, se llamaron Phison, Gehon, Tigris y Eufrates. Los dos últimos son bien conocidos, pero acerca de los dos primeros discrepan mucho las opiniones de los intérpretes de la Sagrada Escritura. El sabio Calmet opina que el Phison es el Phásis, río célebre de la antigua Colquida, el cual tiene su nacimiento en las montañas de la Armenia, y que el Gehon es el Osus, que tiene su origen en el monte Imaus. Véanse estos artículos en su *Diccionario crítico-geológico y geográfico de la Biblia*.

III.

LA PAZ Y LA GUERRA.

CANCION.

El padre ardiente del día
Sobre estos campos derrama

Con su benéfica llama
La abundancia y la alegría,
Y dones sus rayos son.

¡Bendición!
Pero luego los devora
Con ánsia feroz la guerra,
Y tiñe en sangre la tierra,

Con entrañable amor. ¡Par bienhadado
Cual no se vió despues! En gentileza,
En dócil complacencia y tierno agrado
Ella le excede; en ánimo y grandeza
Es superior Adán: él destinado
Nació á ampararla, y á regir el suelo;
Ella á querer, y á derramar consuelo.

En dulce union las fugitivas horas
Ven tranquilos correr; ora en el seno
De recóndito bosque, de sonoras
Auras refrescan el recinto ameno,
De misterioso amor encantadoras
Dichas gozan y paz; así sereno
De la tórtola á par sencilla y mansa,
Consorte arrullador ledo descansa.

Ora oficioso Adán de los pendientes
Sabrosísimos frutos, que hermocean
A las flexibles ramas, de bullentes
Aves mil se enamoran y gorjean,
Escoge los dulcísimos presentes
Que el gusto de su amada lisonjean;
Ella recibe el dón con grata risa,
Más halagüeña que del mar la brisa.

Enlazados, tal vez, curiosos giran
Acá y allá por el jardín sombrío;
El puro ambiente con placer respiran,
Y al ver su dilatado señorío
Con tierna gratitud al cielo miran,
Y el himno entonan sonoro y pío,
Que recibe el gran Dios, cual puro incienso,
De su bondad en el tesoro inmenso.

En gozosa labor ya de las flores
Que entre el mirto se esconden y las gualdas,
Escogen las más gratas en colores
Para tejer bellísimas guirnaldas;
Ya de los arroyuelos bullidores,
Que corren entre campos de esmeraldas,
A un vergel predilecto el curso inclinan,
Y en su florida márgen se reclinan.

¡Tiempo feliz! cuando entre Adán y el cielo
Sombra no había de mortal delito,
Cuando su dicha y su constante anhelo
Cifra en ser te fiel, Dios infinito,
Y puro como el ángel en el suelo,
Como el ángel también era bendito;
Cuando dotado de saber profundo
Dominaba cual rey el ancho mundo.

Con él era feliz en union santa
La más alta beldad, tierna y graciosa,
Cual brillante arbol que al Orbe encanta,
Cual fresco lirio de la selva umbrosa.
No hay expresion que alcance á dicha tanta,
Ni existe ya esa union tan candorosa;
Vióla una vez, no más, el sol radiante,
Pura como su luz vivificante.

¡Ah! si la ley siguiera Adán sumiso
De su grande Hacedor, jamás los dones
Perdiera del risueño Paraíso,
Ni en su pecho lidiáran las pasiones;
Nunca viera en su espíritu indeciso
Batallar encontradas opiniones;
La alma virtud, á la verdad unida,
Diéranle eterno gozo, inmortal vida.

Entonces, cual de fuente cristalina
Arroyo encantador, corrido hubiera
Por la estirpe de Adán gracia divina
Sin rastro criminal, paz duradera.
Mas ¡oh dolor! que pérfida y dañina
Saltó bramando de infernal hoguera
La primer culpa, y corrompió la fuente,
Y heredó su maldad la humana gente.

Y vinda la esposa llora,
Y no encuentra compasion.
¡Maldición!

Con embalsamado aliento
Y alas de pluma dorada,
Por la llanura espigada
Corre murmurando el viento,

Y da vida al corazón.

¡Bendición!
Mas viene despues tronando
El eco de los tambores,
Y anuncia muertes y horrores
Del uno y el otro bando,
Y reina la confusion.

COMPOSICIONES VARIAS.

¡Maldición!
Con sus ondas argentinas
Se desliza el arroyuelo,
Viste de flores el suelo,
Retrántase las colinas
En su plácida mansion,
¡Bendición!

Mas luego con sangre humana
Se tiñe aquella agua pura,
Y ya en la fresca verdura
De la juventud lozana
No se oye dulce cancion.
¡Maldición!

IV.

Epístola á un amigo, escrita desde el monasterio de Guisando (1).

En tanto que la córte seductora
Te ofrece, Arnaldo, con risueño aspecto
La copa del deleite, yo tranquilo
De un claustro en el retiro silencioso
Contemplo la virtud. ¡Ah! ¡qué engañados
Corren los hombres tras la vana gloria,
Tras el oro, el poder! Dulces sirenas
Son al principio estos falaces bienes,
Y luego monstruos que devoran. Huye,
Huye de ellos, amigo, y vén al campo,
A este retiro vén, donde natura
Bienes y paz en profusion derrama.
¡Con qué dulzura en los frondosos bosques,
Donde respira el aura mansamente
De tu laud resonarán las cuerdas!
El plácido sosiego de este sitio,
Su grata amenidad, y de las fuentes
El bullir murmurante, tiernos himnos
Convidan á entonar. Embelesado
Goza aquí el espectáculo grandioso
Que á describirte va tímido el númen.

Entre dos altos montes, cuyas cumbres
Corona airoosamente el pino erguido,
Una vega se tiende dilatada,
Que abunda en rica mies; cuando en Oriente
Reina glorioso el sol, y las espigas
Se mueven ondeando al blando soplo
Del aura matinal, el valle inmenso
Un piélago dorado representa.

Al mismo tiempo arreboladas brillan
Las transparentes nubes, y vestido
De espléndido ropaje el universo
Se presenta á la vista. ¡Oh! ¡quién me diera
Poder pintar la majestuosa pompa
Con que el sol marcha en su carroza de oro,
El gozo universal, los gratos himnos
Que en el campo resuenan, y esta vida,
Este nuevo vigor que el pecho sientel
Tuyo es, oh sol vivificante, el fuego
Que en las hondas entrañas de la tierra
Circula y nutre el arraigado germen,
Que luego brota en deliciosa planta.
Tuya es, oh padre augusto de la aurora,
La gala de los campos, tuyo el brillo
Con que trémulo el lago reverbera.

Y tú, Arnaldo, sumido en esa impura
Mansion de los deleites, ni este gozo
Sentirás que me alienta, ni esta escena
Magnífica verás? ¡Oh malhadado
Quien el aura vital del bosque umbrío
No puede respirar!... Mas ya el ardiente
Sol se remonta, y en torrentes lanza
Su irresistible fuego; grata sombra
Y paz me ofrece la frondosa sierra
Do tienen los austeros cenobitas
Su quieto albergue; de la cumbre al llano
En rústico desorden esparcidas
Veo mil y mil plantas. Aquí tiende
Un espeso nogal sus anchas ramas,
Y al par compite la pomposa higuera;
Allá el olmo coposo, el mirto oscuro,
Y de Minerva el árbol favorito,
Un bosquecillo forman apacible,
Que refresca una fuente cristalina.

(1) Este monasterio está situado en un desierto, á corta distancia de San Martín de Valdeiglesias.

Desde ella un arroyuelo murmurando
Deslizase fugaz, y á bañar corre
El lúgubre ciprés que de las tumbas
Recuerda la quietud, y el verde lauro
Que del grande Maron ciñó la frente.
¡Con cuánta majestad entre dos robles
Descuella este castaño corpulento!
Su tronco, envejecido por tres siglos,
Da sombra á una caverna tortuosa,
De hiedra revestida; aquí los rayos
Jamás penetran del ardiente Febo,
Aquí el silencio reina; éste el albergue
De un solitario fué. Yo te saludo,
Mansion de la virtud; tu fresco seno
Me guarece del sol, tu almo retiro
De la humana perfidia me defiende.
Aquí mi pecho un aire refrescante
Aspira con placer; aquí mi oído
Con el blando susurro se deleita
Del enjambre afanado, que en un roble
Labra el dulce panal. Así las horas
En que el fogoso Sirio tiraniza
Los agostados campos, entretengo
En dulce calma y regalado temple.
Viene la tarde, y de Occidente sopla
El céfiro travieso, y en las ramas
Se mece y juega, y desde allí se lanza
Al claro arroyo y las alillas bate,
Encrespando las ondas sonoras.

Salé á espaciarse entonces por la sierra
El cenobita humilde, en cuyo rostro
La paz y la inocencia se retratan.
Con él me asocio, y en coloquio grave,
Ora las maravillas ensalzamos
Del eterno Hacedor, ora los vicios
Lamentamos del hombre, que el hermoso
Cuadro del universo desfiguran.
Del sol Poniente los dorados rayos
Nuestra atencion despiertan, y volviendo
Los ojos al ocaso, tras el monte
Vemos medio escondido el disco inmenso
Del fatigado sol; su frente augusta
Ornada va con arreboles de oro
Y viva grana, que despues se torna
En cárdeno color. Allá al Oriente
La cresta de los montes se ilumina
Con sonrosada luz, mientras el valle,
Hondo y sombrío, de la noche anuncia
La próxima venida. Otros objetos
Ya apenas se distinguen que las piedras
Donde quedó de César victorioso
La funesta ambicion eternizada (2).
Aquí en esta llanura, caro amigo,
Los infelices hijos de Pompeyo
Lidieron por la patria; sepultados
Yacen aquí también los generosos,
Los valientes hispanos, que en defensa
De la oprimida Roma combatieron.
Mas ¡ay! en vano; la fortuna osada,
Arrancando el laurel á la victoria,
Ciñó al usurpador la altiva frente.
Triste silencio, soledad medrosa
Reinó despues en el profundo valle.
Al estrépito de armas y caballos,

(2) Los monumentos de piedra, conocidos con el nombre de *toros de Guisando*, existen en el valle que aquí se describe, á poca distancia del monasterio. Tienen más bien la figura de elefantes sin trompa, y en sus cuerpos están esculpidas varias inscripciones, por las que se ve que en aquel sitio se dió una reñida batalla entre César y los hijos de Pompeyo.

Al ronco són de las marciales trompas,
Suspiros desmayados sucedieron
De mil pálidas sombras; ahora mismo,
Que la enlutada noche va tendiendo
Su manto pavoroso, tristes ayes
Paréceme que suenan en mi oído.
Repaso con dolor la amarga historia
De la humana ambición, hasta que alzando
La vista al firmamento, de los astros
La inmensa muchedumbre me arrebata.
Del Polo al Sur con rapidez corriendo,
Mis codiciosos ojos examinan
Innumerables mundos separados
Con inmensas distancias. ¡Oh prodigio!
¡Qué fuerza impele á tan enormes globos,
Sin que jamás en su veloz carrera
Un punto se extravíen? ¡Cuál fué el soplo
Que encendió tantos soles? ¡De su fuego
Dónde el pábulo está? Mi mente absorba
Se pierde en este piélagos insondable,
Y adora al Hacedor..... Raya entre tanto
Allá en Oriente la apacible lumbre
De la amorosa luna, que triunfante
Sale á enseñorear las pardas sombras.
Lleno su disco, enrojecido, ofrece
Una imagen del sol; mas pierde luego
El color rubicundo, y su faz muestra
Bella y luciente cual bruñida plata.
Tornan á aparecer campos y montes,
Que el manto de la noche cobijaba;
Mas no pintados con hermosas tintas,
No en gradación luciente separados,
Obra del claro sol; confusa escena,
Dudosa luz, objetos engañosos,
Me ofrece el campo solitario. ¡Ay triste!
Que entonces mil amargos pensamientos
Asaltan al espíritu angustiado
En confuso tropel. Las ilusiones
Del mentido placer vuelan cual sombra,
Y alza su voz en el latiente pecho
El inflexible juez que me censura.
«¡Qué hiciste, exclama, en el Abril florido
De tu vida, oh mortal? Suelta la rienda
A tus locas pasiones, desoyendo
De la razón el saludable aviso,
Corriste en pos del criminal deleite.
Aquí entre tanto la virtud tranquila,
Ora en éxtasis dulce, de natura
Los sublimes prodigios contemplaba,
Ora en ferviente súplica al Eterno
Por el mortal culpado intercedía.
Tiempo es de enmienda ya; la fría tumba
Se abre tal vez, ansiando devorarte.»
Así clama la rígida conciencia,
Y yo trémulo torno al santo albergue;
Y en el silencio de la noche triste
Invoco al cielo, y su piedad imploro.

V.

Al feliz alumbramiento de la Reina, nuestra señora, doña María
Cristina de Borbon.

OCTAVAS.

Del piélagos sonoro de Occidente
Inmensa nube de vapor sombrío
Se alza tal vez, y eclipsa de repente
La roja luz del abrasado estío.
Pálido el Labrador, del rayo ardiente
Despojo teme ver su caserío;
Y el helado granizo, á más, le espanta,
Que la dorada mies fiero quebranta.
Pero ni el rayo asolador encierra
La oscura nube, ni la piedra fría,
Sino la fresca lluvia que á la tierra
Próvido el cielo por su bien envía.
Cae mansamente el agua en la alta sierra,
Y torna al seco valle la alegría;
Pintase el Iris con matiz hermoso,
Que paz anuncia y plácido reposo.
Aun más que el Labrador, triste se azora

La ilustre Mantua cuando ve á Cristina
Pálida como luz de turbia aurora,
Lanzando de su boca peregrina
Un ¡ay! doliente; el pueblo, que la adora,
Sus mustios ojos á la tierra inclina,
Temiendo ver en el alcázar fuerte
La imagen pavorosa de la muerte.
Mas alza luego á la celeste esfera
Su faz bañada en lágrimas, rogando
Al eterno Hacedor, y placentera
Escena se le ofrece. Relumbrando
Más que radiante sol de primavera
La imagen mira del tercer Fernando,
Que así le alienta con hablar sonoro
Desde la nube recamada de oro:
«Magnánima nación, que mi estandarte
Intrepida siguiendo hasta Sevilla,
Al moro, que pensaba esclavizarte,
Doblar sumiso hiciste la rodilla;
Siempre el Eterno se dignó escudarte,
Y propicio á tu ruego y fe sencilla,
Salvó á tu rey de esclavitud odiosa,
Y hoy patrocina á la adorada esposa.
» Del empero feliz raudo descende
El ángel protector, cesa el quebranto
En el dorado alcázar cuando tiende
Sobre él su vuelo el parainfo santo.....
Cumplido está el mensaje, ya se extiende
Del grato paraben el dulce canto;
Ya el fruto besan del amor dichoso
La tierna madre y el augusto esposo.
» Retrato fiel de la virtud materna,
Trasunto de sus gracias y hermosura,
Será la que hoy desalentada y tierna
Lágrimas da en tributo á la natura.
Tras este gozo la bondad eterna
Os guarda, no dudeis, mayor ventura;
Un príncipe tendréis, iberos fieles,
A quien dará la gloria sus laureles.
» En su pecho veréis cuál se retrata
La virtud de sus inclitos mayores,
Y en cuanto el ancho imperio se dilata
Sonarán dulcemente sus loores.....
Mas ya Fernando al Hacedor acata
Postrado, respondiendo á sus favores;
Seguid, hijos de Mantua el alto ejemplo,
Y en himnos de piedad resuene el templo.»
Dijo; y no de otra suerte que el sonido
Del arpa en blandos ecos espiraba,
Cuando, ante el arca del Señor rendido,
El augusto Profeta la pulsaba;
Del santo Rey así desvanecido
El fatídico aliento dulce acaba.
El aire iluminado se oscurece,
Y la visión hermosa desaparece.
Retumba en tanto, al anunciar la nueva,
El tronante cañon, y hasta la cumbre
Del frío Guadarrama el eco lleva
Anuncio tan feliz; la muchedumbre
Himnos de gratitud al cielo eleva,
Que no dicta la innoble servidumbre;
Y en la margen del claro Manzanáres
Oyense resonar dulces cantares.
Gloria al monarca que á su pueblo inspira
Tan acendrado amor; gloria á la bella
Deidad que el castellano absorto mira
Cuando en la córte como sol destella.
Hijos de Apolo, sú; pulsad la lira,
Alegres cantos entonad con ella;
Que ya cesó el dolor, y ledo el gozo
Hinche la mansion régia de alborozo.
» Ois el eco de robusta trompa
Pronto correr la inmensidad del cielo?.....
Ella es, la fama, que en alegre pompa
Camina rapidísima; á su vuelo
¿Cuál nube se opondrá, que ella no rompa
Hasta llegar á la region del hielo?
Su voz oyen á un tiempo el Hecla frío,
Tostado el Atlas, y el Pirene umbrío.
» Y se escucha en las márgenes amenas
Del cristalino Turia, do, ceñida
La sien de verde lauro y azucenas,

Primavera da al campo alegre vida.
En medio á la ciudad cuyas cadenas
Rompió el invicto Cid, su esclarecida
Sombra aparece, el suelo se ilumina,
Y glorias mil el héroe vaticina.
Cantan las bellas ninfas de Valencia,
Cual otro día, ¡oh Reina! en que dichosas
Gozaron de tu angélica presencia,
Sembrando el suelo de amaranto y rosas.
A su voz en suave competencia
Las riberas del Bétis deliciosas
Con ecos apacibles corresponden,
Y las ninfas del Tajo les responden.
Alza su frente el caudaloso Duero,
Y rompe el velo de la niebla fría,
Para escuchar el himno lisonjero
Que el castellano fiel al cielo envía.
En la margen extensa del Ibero (1)
Se repite la plácida armonía,
Y el Fluvia alza su voz en gozo tanto,
Y en el lejano Miño se oye el canto.
Ved cuál se enlazan, y en compas festivo,
Al grato són de cítara sonante,
Con pié hieren la tierra fugitivo
Las gracias y el amor, y rozagante
El feliz Himeneo, Compasivo
El pecho de Amaltea, la abundante
Copia derrama sobre el suelo hispano,
Y dicha eterna ofrece al Soberano.

VI.

LA CORONA DE ORO.

ODA.

Al señor don Manuel José Quintana (2).

¡Oyes cómo te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena do quier; en resonante coro,
Que inunda de placer el alma mía,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
En tan grande ovación; que tú, constante,
Sus fueros defendiste
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España;
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazón indómito rendiste,
Ni jamas con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria misera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fueron
De tu canto sublime. Ora en la escena
Al inclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroísmo,
Que á la hueste agarena
Hunde con mano férrea en el abismo,
Mientras arde en amor con llama impura
La infeliz Hormesinda,
El terror hermanando y la ternura,
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras

(1) El Ebro.
(2) Quintana, conmovido con la lectura de esta oda, escribió á TAPIA la siguiente carta:
«Querido amigo mio: Mil y mil gracias por los bellos versos publicados ayer en *El Clamor*, en los cuales manifiesta usted tan noble y solemnemente el afecto y aprecio en que me tiene; demostración digna de una amistad de cincuenta años, jamás desmentida ni por uno ni por otro, y entregada siempre á unos mismos estudios, á unas mismas miras y á unos mismos principios. Aseguro á usted que al leerla he tenido uno de los momentos más agradables de mi vida; y que si mis achaques habituales me lo permitieran, hubiera corrido al instante á dar á usted un abrazo de agradecimiento y de cariño. Mas no siendo esto posible, recíbalos en estos cortos renglones; quedando yo siempre su afectísimo amigo y compañero. — MANUEL JOSÉ QUINTANA. — Madrid, 1.º de Octubre de 1854.

La estrella del amor. — Su gloria ostenta
En Tarifa Guzman. Penoso duelo
Su pecho oprime; en la terrible lucha
No hay para el padre misero consuelo.
«Antes la patria sea,
Que del hijo el amor», el héroe clama;
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal..... ¡Tente, oh verdugo!.....
Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llama
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execración el bardo entona;
Cubre el oprobio del infiel la tumba,
Brilla en la de Guzman áurea corona.
En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno
Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano, altivo y fuerte,
Acometen con ánimo sereno
Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélagos espumoso.
Oyese de tu lira el són tremendo,
Oh gran Quintana, que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, do tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escribe los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.
Aun resuena en mi oído
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Oh recuerdo! ¡oh placer! Tu musa entonces,
Emulando á la antigua de Tírtéo,
Al patriota español enardecía,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
«¡Guerra eterna, gritaba, al extranjero,
Que el suelo hispano dominar pretenda!»
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazón ardía,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo, entusiasmado, te aplaudía.
¿Qué fué negado á tu fecundo númen?
El cantó la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndole veloz de polo á polo;
El pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil..... Luego, evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros y el olvido
De las antiguas venerandas leyes.
¡Saludable lección, terrible ejemplo,
Que en el augusto templo
El poeta fatídico presenta!
Suena despues en eco dolorido
Tu lígubre canción, oh gran Padilla.....
¡Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al són de roncós atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.
¡Célebre Gutemberg! El vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre,
Y, al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Ahuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento
Y el solio hizo temblar del despotismo.
¡Gloria á ti, vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú, cual antorcha, en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones